

Quinta de festejo



Mario Córdova

La más antigua agrupación musical en Chile es la Orquesta Sinfónica Nacional, conjunto que en este mes de enero está cumpliendo 85 años, muy vivita y coleando.

Y como sucede cada año, más allá de los festejos al interior la orquesta, en el fin de semana más cercano a la fecha precisa de su fundación (7 de enero), se programó un Concierto Aniversario, por primera vez en la magnífica Sala Sinfónica Nacional. Anótese que casi simultáneamente a las dos funciones de este concierto tuvo lugar la asamblea anual del Círculo de Críticos de Artes de Chile, instancia que con sus cincuenta miembros premia lo mejor de cada año en diferentes categorías. En ella se decidió otorgar un Gran Premio 2025 a nivel general, que recayó en lo que ha significado la puesta en marcha de ese recinto, al amparo de la Universidad de Chile, específicamente de su Centro de Extensión Artística y Cultural CEAC.

La inesperada muerte en junio de Rodolfo Sanglimbeni, director titular muy celebrado de la señalada orquesta, ha generado un reemplazo con la presen-



Cumpleaños N° 85 en la premiada Sala Sinfónica

cia en el podio de varios maestros invitados, siendo la germano-polaca Barbara Dragan la más recuente. A ella le correspondió la conducción de esta cita de festejo cumpleañosero en que la popular Quinta Sinfonía de Beethoven

fue el plato de fondo.

Al anunciarse esta obra tan conocida, es lógico esperarla con la llegada de nuevos agregados impuestos por las batutas. Señálese entonces que en esa emblemática sección del inicio la

propuesta de Dragan privilegió la vivacidad y la brillantez, postergando acaso ese llamado del destino majestuoso e intimidante. Si hubo imprecisiones en los abundantes silencios y cada posterior entrada instrumental, la versión fue mejorando gradualmente hasta ascender a un victorioso final.

Muy festivo fue el comienzo del programa, con uno de los tres “Aires Chilenos” de Enrique Soro. Chinelazo a más no poder, se percibió muy sonoro, casi estridente.

Todo un acierto fue la inclusión del “Divertimento Concertante” (1973) de Nino Rota, obra demandante de contrabajo solista, teniendo aquí en Claudio Faúndez a un lucido solista. Alejada de estilos marcados por la exploración propia de tiempos sigloveinteros y retenida en la gravitación de la pesada sonoridad de ese grave instrumento, la obra sorprende por una amabilidad melódica que también apela al humor (mucho influencia de Prokofiev). La versión fue de atractivos muy notables, teniendo triunfantes a Faúndez, Dragan y los dirigidos sinfónicos.